

EL NOCTURNO

Por J. M. GARCÍA ASCOT

Dibujos de Xavier de OTEYZA

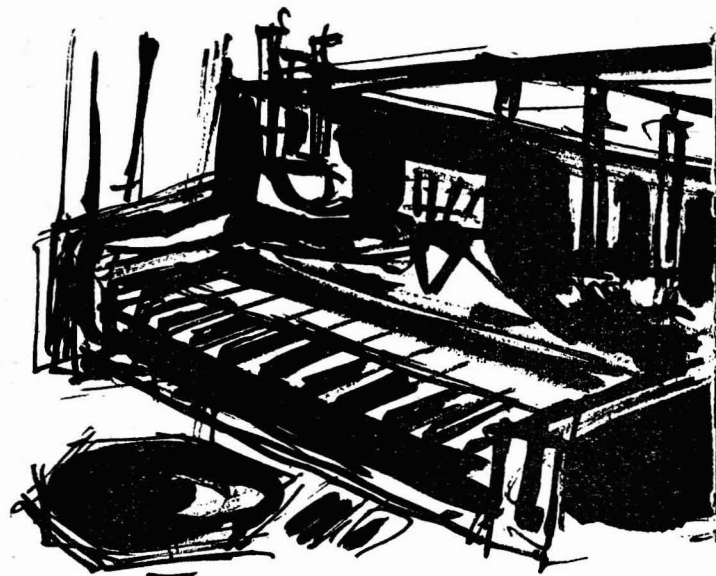
ABAJO LA SALA reposa, respirando la sombra de la noche. El aire se ha cargado de pesados perfumes de cortinaje yerto. La antigua madera duerme, más allá del umbral de los leves crujidos, de los lentos acomodados de su materia de resina y de bosque. Se adivina en los espesos terciopelos el oscuro granate de madurados vinos rozados por el ópal.

Y la sombra reposa. Apenas por un instante relucen en el tiempo los ecos de una risa lejana, cristal de una mañana veraniega, el roce de un claro vestido estampado de flores y el tintinear de un vaso de fresca limonada...

La sombra se cierra nuevamente. Fuera del ventanal muere el verano. Una ligera brisa despliega con sus manos la última ola —inmóvil— de la luz de la luna.

El hombre joven se ha sentado frente al piano. Sobre sus ojos pasa la luz de los pañuelos blancos del verano. Su frente ya no arde. Todo ha quedado atrás, perdido en el último recuerdo de su carne. Como el verano y la risa. Y las cartas.

Ahora el hombre joven toca. En medio de la fuente de la noche, a través de los espesos perfumes del silencio, se desgajan las notas del nocturno. Bajo su roce un cielo de luceros prende en la oscuridad los antiguos reflejos ya dormidos. Aquí despierta el cristal de las copas y los vasos, allá reluce el sueño opaco de los olientes terciopelos, más allá tiembla el fulgor de una caja de oro labrado. Al contacto de la música la noche



interior de la sala parpadea y ondula. Un vago resplandor renace y muere, corre y se detiene, aviva y se retrae. El hombre joven sigue.

Arriba, en el cuarto azul, bajo el lino de las frescas sábanas y el amoldado peso de los edredones Ana despierta. La música sube ahora, envuelve el pulido barniz del pasamanos, se cuela por la pesada cerradura, acaricia la caoba incrustada de la alta cama de las cuatro columnas, llega.

Ana se vuelve. Junto a ella el hombre fuerte y alto yace en el estanque de su sueño. Su camisa entreabierta deja adivinar su ancho pecho que se levanta y baja lentamente echando por entre los muy blancos dientes un aire de campo y espigas, de inacabables cabalgatas y fresco vino bebido en la moviente sombra de un emparrado.

Sobre la silla el hermoso uniforme ha caído con la postura de un muerto sorprendido. Sobre el muelle tapiz una de las negras botas ha quedado de pie, como un inútil vigilante sin órdenes.

Ana mira y escucha. La música está allí.

Ana se levanta. Con leve cuidado evita que sus pies se enganchen en el edredón, que sus brazos rocen el cuerpo dormido, que su peso haga oscilar la cama. Con un ligero movimiento alza y ordena sus largos cabellos. Despacio, sin hacer ruido, descalza, se dirige a la puerta. Baja suavemente el ya frío metal de la manija. Sale. Cierra. La música está allí.

También por el pasillo entra la luna, más cercana ahora, recortada por los gruesos barrotes de la ventana alta. Ana la sigue. La luna se dobla y quiebra sobre los escalones. Ana, despacio, baja.

Como las olas, como el viento, como el perfume de todo un verano la música sube a su encuentro. Ana va hacia ella. Ana penetra en ella. Y la música la cruza, la atraviesa, la entreteje con el múltiple resplandor de sus destellos. Ana sigue bajando.

Ana ha llegado a la sala. Se detiene y apoya su larga mano contra el granate oscuro del cortinaje yerto. Aún no mira, aún no quiere mirar.

La música comienza a decrecer. Una imperceptible duda señala un leve quiebro en su inacabable fluencia. Ana rápidamente levanta los ojos.

Como siempre, como siempre el piano está vacío. La música ahora se ha vuelto a quebrar, despacio. Hay una pausa, eterna, suspendida. Luego un lejano acorde tembloroso. El nocturno ha terminado.

